

HISTORIA Y FANTASÍA: LA REVALORIZACIÓN DE LA TEORÍA PSICOANALÍTICA EN JOAN SCOTT

**[HISTORY AND FANTASY: THE REVALUATION OF PSYCHOANALYTIC THEORY IN
JOAN SCOTT]**

DOI 10.24215/24689831e028

Juan Velea

Abstract

The aim of this article is to investigate an aspect, little known in our country, of the work of historian Joan Scott, a central figure on stage of feminist theory and historiography since 1980s. It's about what some have called the "psychoanalytic turn", that is, the revaluation, in their last writings, of some categories of psychoanalytic theory for their project of constituting a feminist critical history. In this sense, I'll try to show the reasons that led her, towards the end of the 1990s, to the rehabilitation of the potential of psychoanalysis as a theoretical perspective, beyond the rejection evidenced by her first works. Then, the article will focus on the way in which Scott takes up the concept of 'fantasy' to complicate the relations between gender, history and identity.

Resumen

El presente artículo tiene como objetivo indagar sobre un aspecto, poco conocido en nuestro país, de la obra de la historiadora Joan Scott, una figura central en el escenario de la teoría feminista y la historiografía desde los años ochenta. Se trata de lo que algunos han denominado el "giro psicoanalítico", esto es, la revalorización, en sus últimos textos, de algunas categorías de la teoría psicoanalítica para su proyecto de constituir una historia crítica feminista. En este sentido, se intentarán trazar los motivos que la llevaron, hacia fines de los años noventa, a la rehabilitación del potencial del psicoanálisis como perspectiva teórica, más allá del rechazo que evidencian sus primeros trabajos. Luego, el artículo se centrará principalmente en el modo en que Scott retoma el concepto de 'fantasía' para complejizar los vínculos entre género, historia e identidad.

Key words: History –Gender–Fantasy–Identity

Palabras clave: Historia–Género–Fantasía–Identidad

Cómo citar este artículo:

Velea, J. (2019). Historia y fantasía: la revalorización de la teoría psicoanalítica en Joan Scott. *Palavras. Revista de Epistemología, Metodología y Ética del Psicoanálisis*, 5, 38-53. Recuperado de www.revistas.unlp.edu.ar/palavras

HISTORIA Y FANTASÍA: LA REVALORIZACIÓN DE LA TEORÍA PSICOANALÍTICA EN JOAN SCOTT

Juan Velea*

Introducción

La historiadora norteamericana Joan Scott es ampliamente conocida, dentro de la teoría feminista y de la historiografía, por haber ofrecido una de las primeras definiciones del ‘género’, en su famoso artículo de 1986 “El género: una categoría útil para el análisis histórico”. El texto constituye una referencia ineludible para las reconstrucciones genealógicas del término así como para la historiografía sobre las mujeres y el feminismo. Unos años más tarde, a comienzos de los ’90, otro artículo de Scott, “The evidence of experience”, alcanzó nuevamente gran notoriedad, provocando un acalorado debate entre historiadorxs y entre feministas. Allí la autora realizaba una exhaustiva crítica del concepto de ‘experiencia’, poniendo en entredicho no solo un uso epistemológicamente ingenuo del término por parte de la historiografía más tradicional u ortodoxa, sino también una apelación políticamente acrítica a la experiencia por parte de los movimientos feministas y de las minorías sexuales (Scott, 2001).

Tanto la articulación conceptual del género como la crítica de la experiencia resultaban de lo que Scott subraya como la asunción explícita de una perspectiva postestructuralista, forjada principalmente a partir de los aportes de Michel Foucault, de Jacques Derrida y de feministas provenientes del campo de la teoría literaria (Scott, 1992, 2008). Fueron estas lecturas las que, tal como ella señala (Scott, 2009), la desplazaron de su formación inicial en el marco teórico y metodológico de la historia social hacia un interés por la producción de los significados, los discursos y la manera en que opera la diferencia en la historia, y en particular, por la diferencia sexual. Por ello es habitual trazar el itinerario de su trabajo como

* Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Mail: juanignacioveleda@yahoo.com.ar

historiadora a lo largo de más de cuarenta años en términos de ciertos “giros”, primero hacia el feminismo y luego hacia el postestructuralismo; algo que ella misma acepta solo si estos desplazamientos se entienden en términos de transformaciones epistemológicas, o como un intento permanente por encontrar formas de indagar acerca del significado, sirviéndose de una variedad de herramientas analíticas (Scott, 2009; Hesford y Diedrich, 2014).

Ahora bien, en el transcurso de los últimos veinte años muchos de los trabajos publicados por Scott evidencian un nuevo desplazamiento en sus intereses teóricos, vinculando en este caso la posibilidad de una historia crítica feminista con la incorporación de herramientas conceptuales provenientes de la teoría psicoanalítica. Gran parte de este giro aparece reflejado en *The fantasy of feminist history*, un libro de 2011 cuyos planteos centrales, a diferencia de la repercusión alcanzada por las tesis de Scott sobre género y experiencia, aún no han sido demasiado explorados, al menos en nuestro país. El propósito de este artículo es entonces es reseñar su progresivo interés por el psicoanálisis, señalando algunos aspectos de esta incursión y haciendo especial hincapié en la relevancia analítica que la conceptualización de la fantasía puede tener para la historia. Se trata de reconstruir este aspecto menos conocido su obra, mostrando los desafíos que deja planteados su intención de entrecruzar historia, psicoanálisis y teoría feminista.

La revalorización teórica del psicoanálisis: el enigma de la diferencia sexual y la historicidad del género

La rehabilitación de la teoría psicoanalítica emprendida por Scott en sus últimos textos y la valoración de su potencialidad para el proyecto de constituir una historia crítica feminista, pueden parecer en principio desconcertantes. Tal como ella señala en el prefacio incorporado a una nueva edición de *Gender and the politics of history* del año 2018, con ocasión de cumplirse 30 años de su primera publicación, en sus textos de

los años ochenta era escéptica respecto de las ventajas teóricas del psicoanálisis debido a lo que juzgaba como su carácter ahistórico (Scott, 2018). Ese escepticismo, e incluso rechazo, aparecía expresado claramente en el mencionado artículo de 1986, “El género:...”. Allí señalaba Scott que ya se tratara de la escuela angloamericana, basada en las teorías de las relaciones objetales, o de la escuela francesa basada en las lecturas estructuralistas y posestructuralistas de Freud y de Lacan, ninguna resultaba del todo aprovechable para el análisis histórico del género. En el caso de la escuela angloamericana, porque limitaban el género “a la familia y a la experiencia del hogar, y no deja la posibilidad de conectar tal concepto con otros sistemas sociales de economía, política o poder” (Scott, 2008, p. 60). En la lectura que hace Scott, la teoría de las relaciones objetales prestaba poca atención a los sistemas significativos que representan y articulan el género, sistemas que son sociales y a partir de los cuales se construye el sentido de la experiencia.

En el caso de la teoría lacaniana, si bien rescata el acento puesto en el lenguaje y en el orden simbólico al momento de pensar la constitución subjetiva, Scott sospecha de “la fijación exclusiva en las preguntas acerca del sujeto individual, y la tendencia a reificar subjetivamente el antagonismo originado entre hombres y mujeres como la cuestión central del género” (Scott, 2008, p. 61). Por otro lado, si bien dentro del marco de esta vertiente se admite que el sujeto está en un proceso de construcción constante, se “tiende a universalizar las categorías y relaciones de lo masculino y lo femenino. Para los historiadores es una lectura reductora de las pruebas del pasado” (Scott, 2008, p. 61). Este reduccionismo obtura la posibilidad de introducir en el análisis la especificidad y la variabilidad históricas. En definitiva, ya fuera bajo la versión lacaniana o la versión de las relaciones objetales, la teoría psicoanalítica no representaba un aporte significativo para la conceptualización del género y su relación con la historia (Scott, 2008, p. 61).

Sin embargo esa actitud hacia el psicoanálisis se iría transformando en el transcurso de los años '90, a partir sobre todo de una serie de cursos

ofrecidos a pedido de sus estudiantes y de la lectura de lo que Scott llama, citando a Adam Phillips, el Freud post-freudiano; es decir, Freud leído a través de la lente del postestructuralismo, el postcolonialismo, las teorías sobre la raza y el racismo, y la atención que en todas ellas se prestaba al lenguaje y a las asociaciones que evoca (Scott, 2018). Lo que dichas relecturas innovadoras de la teoría psicoanalítica aportan principalmente, según Scott, es una teorización sobre la diferencia sexual como un enigma permanente. Contrariamente a su opinión de los ochenta, el carácter finalmente indeterminado del género sugerido por estos enfoques es lo que permite precisamente su historización. Desde esta perspectiva, categorías como las de 'hombre' y 'mujer' toman entonces significados diversos con relación a distintos momentos políticos, lo cual por otra parte permite una mejor comprensión de estos últimos. Asimismo esos significados pueden ser expresados de manera literal o racional, pero también se encuentran asegurados afirma Scott por apelaciones a lo inconsciente, movilizándolo por ejemplo fantasías eróticas.

Si por lo tanto los significados del género son en última instancia inciertos y volátiles, si son instrumentos de regulación política pero también de resistencia, su abordaje permanece como una cuestión siempre abierta, y en consecuencia, solo así conserva el género su valor analítico. El carácter finalmente indeterminado de las categorías garantiza, según Scott, que los interrogantes variarán dependiendo del contexto, no solo histórico sino también político y cultural. Y es en este sentido que la teoría psicoanalítica recupera la historicidad cuya ausencia reprochaba Scott en sus primeros escritos: su fecundidad reside en última instancia en que permite pensar las categorías del género como productos de la historia y estudiarlas en sus diferentes articulaciones (Scott, 2018).

Como se señaló al comienzo, el libro que evidencia de manera notoria este giro hacia el psicoanálisis es *The fantasy of feminist history*, un conjunto de ensayos que según la autora representa precisamente su compromiso con la teoría psicoanalítica en tanto práctica de lectura crítica para la historia (Scott, 2011, p. 4). En la introducción Scott reseña su

progresivo interés por algunas de las categorías teóricas psicoanalíticas como resultado, en gran parte, de su fascinación por la perspectiva posestructuralista del lenguaje, la cual la llevo lentamente hacia Freud, Lacan y las teóricas psicoanalíticas feministas. La resistencia inicial, conjetura Scott, pudo deberse a la fuerza de su formación disciplinaria como historiadora. En sus primeras investigaciones, sostiene, la insistencia de la historia en la especificidad, la variabilidad y el cambio parecían ser incompatibles con el psicoanálisis, que cuando se ocupaba del género universalizaba las categorías y las relaciones entre mujeres y hombres, a la par que fijaba los sexos en un permanente antagonismo (Scott, 2011, p. 2). Por eso podía entonces resultar irónico, continua Scott, que ahora la teoría psicoanalítica permitiera aquello que antes negaba, es decir, darle historicidad al género al insistir en su mutabilidad.

Sin embargo, el psicoanálisis que la historiadora considera valioso no es el asociado con la prescripción normativa, ni aquel invocado para patologizar la homosexualidad o para asignar categorías estancas a los individuos, sino la teoría que plantea la diferencia sexual como un dilema irresoluble (Scott, 2011, p. 5). En términos de la propia autora, el desplazamiento teórico fue el producto de un obstinado deseo por aferrarse al género como un desafío crítico para la historia convencional. Si la diferencia sexual es un dilema o enigma permanente, pues en definitiva permanece incognoscible, entonces el género ya no puede ser considerado como la mera asignación de roles a cuerpos físicamente diferentes, sino como la atribución de significado para algo que siempre elude su definición (Scott, 2011, p. 6). El género es algo más que una mera construcción social. En lugar de ello, señala Scott, debemos considerarlo como un intento histórica y culturalmente específico para resolver el dilema de la diferencia sexual, para fijar en un significado estable algo que, por el contrario, no puede ser definitivamente fijado.

La relevancia teórica de la fantasía

Junto a la conceptualización de la diferencia sexual como un dilema en última instancia irresoluble, otro de los conceptos principales que Scott toma en préstamo a la teoría psicoanalítica es el de fantasía. Sería interesante, aunque excede los límites de este artículo, reconstruir el modo en que este término ha circulado en la teoría feminista de las últimas tres décadas, por ejemplo en autoras como Judith Butler y Rosi Braidotti. En cualquier caso, si el atractivo por la teoría psicoanalítica llegó en buena medida gracias a las teóricas feministas del campo, a las lecturas postestructuralistas de Freud y Lacan, y a historiadores como Michel De Certeau (Scott, 2012), para la cuestión de la fantasía el trabajo de Scott se verá enriquecido fundamentalmente por los aportes de Jean Laplanche.

Lo central para la historiadora norteamericana es que en tanto objeto de estudio para la historia, el género incluye no solo regímenes de verdad sobre el sexo y la sexualidad, sino también fantasías y transgresiones que rehúsan ser categorizadas y reguladas. Por ello la fantasía es una categoría que socava cualquier noción de inmutabilidad psíquica o identidad fija, introduciendo el deseo en las motivaciones racionales de las acciones y eventos narrados en la historia (Scott, 2011, p. 5). Y debiéramos agregar, en función de lo que se dirá luego, que la fantasía también infunde el deseo en quienes narran la historia. Es desde esta perspectiva que se convierte en una herramienta de utilidad crítica para el análisis histórico.

El interés de Scott por la relevancia teórica de la fantasía ya había sido anticipado en “Algunas reflexiones adicionales sobre género y política”, un ensayo de 1999 incluido en la edición revisada de *Gender and the politics of history* del mismo año. Las tesis centrales del texto se inscriben en cierto desencanto respecto del devenir conceptual del género. Avanzando sus planteos de los próximos años, Scott insinúa la apelación al psicoanálisis como forma de sacar al género de su estancamiento teórico, de modos que pudiera ser revitalizado tanto en su potencia analítica como en su utilidad política. En efecto, la idea principal sostenida allí es que el concepto de fantasía permite echar luz sobre la articulación de ambos, esto es, género y política.

Scott retoma en el ensayo la idea de Freud según la cual el deseo inconsciente tiene una incidencia discernible en las acciones humanas, incidencia expresada a través del lenguaje, los chistes, los sueños y las fantasías. Estas últimas, por otro lado, “inspiran la memoria, reconstruyendo y volviendo a moldear imaginativamente el pasado” (Scott, 2008, p. 250). En definitiva, en la medida que las fantasías configuran las representaciones, inciden en las acciones e inspiran la memoria, se presentan como una dimensión de crucial relevancia para la comprensión de la condición humana.

Pero además las fantasías ofrecen, al menos en el análisis de Freud, explicaciones generales acerca del origen de los seres humanos y de las características definitorias de la sexualidad y la diferencia sexual, y por lo tanto no son solo un componente de la vida psíquica de los individuos, o al menos eso pareciera sugerir Scott. La fantasía forma parte de la estructura mítica de la cultura occidental y en ese sentido “se desparrama por todos los aspectos de la vida” (Scott, 2008, p. 251). Es aquí donde se manifiesta su dimensión política. “La imaginación humana (impulsada en parte por el deseo inconsciente)”, señala Scott, “se burla de los límites que los científicos sociales quisieran establecer: el ámbito de la economía no es nunca simple cuando se trata de satisfacer las necesidades básicas; y el de la política no trata nunca solo de huelgas entre actores racionalmente motivados, autointeresados”. Estos ámbitos, continua, “también se declinan por proyecciones ilusorias que movilizan los deseos individuales dentro de las identificaciones colectivas” (Scott, 2008, p. 251). Nuevamente, la fantasía no es algo que opera, en tanto realidad psíquica, solo en términos subjetivos, sino también socialmente. Y más aún, es una realidad psíquica que tiene efectos materiales.

En conclusión, si la construcción de la diferencia sexual pone en juego procesos inconscientes, entonces no se puede ignorar el papel que juegan las operaciones de la fantasía, no solo en el plano de la constitución subjetiva sino también en el de la economía, la política y las instituciones, “campos que antes se limitaban únicamente a cuestiones de necesidad,

interés personal, razón y poder” (Scott, 2008, p. 253). Scott critica así aquellas formas de entender la producción del género en las cuales se elimina la ambigüedad (y podríamos agregar la inestabilidad) que la fantasía otorga a identidades subjetivas como las de ‘hombre’ y ‘mujer’. Estos enfoques reducen el análisis a los aspectos racionales, convirtiendo el estudio de las políticas del género en el mero rastreo de la legislación e inculcación de roles, “en lugar de documentar un proyecto cuya imposibilidad real (crear una oposición hombre-mujer que fuera estable y resistente) definiera los términos de sus operaciones” (Scott, 2008, p. 253). La insistencia en las dimensiones inconscientes que permiten la articulación de la diferencia sexual ayuda a vincular el estudio del género con la política. Pero esta no debe ser entendida solo como la movilización de la fuerza para lograr un determinado objetivo, sino también como la capacidad para apelar a la fantasía. (Scott, 2008, p. 255). Las instituciones también apelan a procesos inconscientes, y por lo tanto en algún punto también a fantasías, en lo que Scott llama una posible erótica del poder.

Historia, identidad y fantasía

En uno de los artículos incluidos en *The fantasy of feminist history* (2006), “El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad”¹, Scott desarrolla de manera mucho más exhaustiva la cuestión de la fantasía y su utilidad para pensar la historia y el género. En este caso, la discusión se ubica en relación con la identidad, y por lo tanto, se podría decir, en términos políticos antes que epistemológicos. Hay un fuerte vínculo entre la apelación a la historia y la manera en que los individuos, y sobre todo los grupos, se identifican a sí mismos. Como señala Garazi (2016), una parte considerable del trabajo de Scott ha consistido en desentramar cómo han sido construidos los significados subjetivos y colectivos de las categorías de identidad. Los sujetos no

¹ “Fantasy echo: history and the construction of identity” apareció publicado por primera vez en *Revista Inquiry*, 27, 2 y posteriormente fue incluido como capítulo en *The Fantasy of feminist history*.

preexisten a las categorías que los definen como tales sino que dichas categorías los constituyen como sujetos. En este sentido, desde la perspectiva de Scott la emergencia de una nueva identidad no expresa algo que siempre estuvo allí esperando a ser expresado ni que tampoco existirá siempre en la forma que se le dio en un momento histórico particular.

Volviendo al ensayo del 2001, el punto de partida de la argumentación es que las identidades no son anteriores, no preexisten, a sus demandas políticas estratégicas: “las categorías de identidad que nosotros damos por sentadas como enraizadas en nuestros cuerpos físicos (género, raza) o en nuestras herencias culturales (étnicas, religiosas) de hecho son vinculadas retrospectivamente a esas raíces; no derivan predecible o naturalmente de ellas” (Scott, 2006, p. 113). El resultado es una identidad o semejanza ilusoria (*illusory sameness*) tomada como una categoría fija, en relación con la cual lo único que varía en el tiempo son las circunstancias históricas. Por eso un error frecuente de muchos historiadores e historiadoras, apunta Scott, es preguntarse por los cambios en el estatuto económico, político o legal de las mujeres y no por el significado del propio término mujeres. La identidad feminista, prosigue, es antes que nada el efecto de una estrategia política retórica, invocada de distintas maneras por diferentes feministas en épocas diferentes (Scott, 2006, p. 115). Frente a la historia de las mujeres como algo continuo, la propuesta de Scott es pensar una historia de la discontinuidad repetidamente “suturada” por activistas feministas de diversas épocas, cuyo efecto ha sido la apariencia de una sucesión lineal ininterrumpida, bajo la forma del activismo de las mujeres en nombre de las mujeres (Scott, 2006, p. 115). En ese sentido, concluye, la identidad de las mujeres no representa tanto un hecho obvio de la historia sino más bien la evidencia del esfuerzo de alguien, de un grupo, por identificar y de ese modo movilizar a una colectividad.

Por otro lado, las críticas a las concepciones esencialistas de la identidad no son algo novedoso en el panorama intelectual en el que se ubica Scott. Sin embargo, se trata según ella, de dar un paso más, pues aun quienes admiten que las identidades son “inventadas”, o en todo caso

articuladas, como consecuencia de la movilización política, siguen sin prestar mucha atención a cómo opera el proceso mismo de invención o producción de la identidad, al menos en relación a la historia. Es aquí donde se introduce el valor teórico de la fantasía: para dar cuenta entonces de cuáles son y cómo operan estos procesos Scott apela a la expresión “eco de fantasía”. Con ella se refiere en principio a una repetición imaginada: la idea del eco sugiere que esa repetición no es exacta, mientras que la fantasía alude, como se dijo antes, a las dimensiones no racionales de la acción. Se trata por lo tanto de indagar en los mecanismos de identificación colectiva y retrospectiva en términos de un eco fantaseado o de una fantasía repetida como un eco (Scott, 2006, p. 116).

Scott intenta inscribir inmediatamente el término fantasía en el sentido técnico del psicoanálisis. Al menos en principio, no refiere meramente a una posible identificación establecida por parecidos entre actores del pasado y del presente. En ese sentido le interesa distinguir la idea de fantasía de la de imaginación, más ligada a mecanismos de control racional e intencional. La fantasía apunta, por el contrario, a dimensiones inconscientes (tal como remarcaba en el artículo de 1999). Pero tampoco se trata solamente de aquellas fantasías compartidas, que algunos han llamado primarias u originarias, que proporcionan elementos para las identidades sexuadas, esto es, “mitos que las culturas desarrollan para responder a las preguntas sobre los orígenes de los sujetos, la diferencia sexual y la sexualidad” (Scott, 2006, p. 116). Scott no niega que esto pueda tener cierta utilidad analítica, pero le interesa ahora considerar la fantasía más bien como “un mecanismo formal para la articulación de escenarios que son por un lado históricamente específicos en su representación y detalle, y al mismo tiempo, trascienden por otro lado la especificidad histórica” (Scott, 2006, p. 117).

El argumento principal es que el sentimiento de identidad común de las mujeres no es anterior a su invocación sino que es posibilitado precisamente por las fantasías que les permiten trascender la historia y la

diferencia. Para delinear los aspectos que le resultan más provechosos del término, Scott apela, además de los análisis de Laplanche, Freud y Riley, a textos de Jacqueline Rose y fundamentalmente a la lectura lacaniana de Zlavoj Zizek (Zizek, 2011). En base a estos aportes, la historiadora norteamericana rescata tres dimensiones de la fantasía: en primer lugar constituye el marco del deseo, y no su objeto, lo cual apunta a la idea de escenario y a la representación del sujeto como participante de la escena; en segundo lugar, en tanto mecanismo formal la fantasía tiene una doble estructura, pues a un mismo tiempo reproduce y a la vez enmascara el conflicto, el antagonismo y la contradicción; por último, la fantasía opera como una narración densamente concentrada. En relación a esto último, de singular importancia para la historia, la fantasía permite la configuración diacrónicamente ordenada de elementos incoherentes; más aún, dice Scott siguiendo a Zizek, la imposición a la historia de una lógica narrativa es ella misma una fantasía (Scott, 2006, p. 117-118).

Lo central para la autora es dilucidar el modo en que la fantasía está en juego en la articulación de la identidad individual y colectiva: “extrae coherencia de la confusión, reduce la multiplicidad a singularidad y reconcilia el deseo ilícito con la ley” (Scott, 2006, p. 119). Como señala Angelika Epple (2014), comprendida en estos términos la fantasía permite responder a la pregunta sobre cómo establecer un vínculo (*bridge the gap*) entre un sujeto y un grupo. Al respecto, Scott señala que la fantasía no solo da cuenta de las formas de constitución subjetiva (interiorizando pero también resistiendo las normas sociales), sino que también puede ser utilizada “para estudiar cómo la historia – considerada una narración fantaseada que impone un orden secuencial a los de otra forma caóticos y contingentes sucesos– contribuye a la articulación de la identidad política” (Scott, 2006, p. 119).

Al momento de poner ejemplos Scott subraya, como dos fantasías recurrentes para la identidad feminista, la de la oradora pública y la fantasía maternal feminista. En ambos casos operan como recursos a ser invocados para la consolidación de esa identidad y proveen los términos de

la identificación política. Se trata de escenarios, o quizás sería más preciso decir guiones (Laplanche y Pontalis, 1996), en los cuales los sujetos se inscriben y se interpretan a sí mismos en una historia aparentemente continua. El punto para Scott es que esa identidad política forjada al calor de los escenarios de la fantasía oculta las diferencias históricas específicas. Fue de este modo que el feminismo pudo darse con una historia, “a través del hecho de que sucesivas generaciones de mujeres (activistas e historiadoras) pudieron escribirse a sí mismas en estos escenarios estructurados de manera semejante. Fue la *jouissance* compartida, no los detalles históricos específicos, lo que proporcionó el trasfondo común” (Scott, 2006, p. 127).

En la medida en que parece socavar una noción fuerte o estable de identidad, cabría preguntarse si la elucidación de las operaciones de la fantasía va en desmedro de la eficacia política de la lucha feminista, o del feminismo como movimiento político. Algo que, por otro lado, valdría para cualquier sujeto colectivo cuya identidad se construye, en parte, con relación a una historia. Según Epple (2014) las tesis de Scott apuntan a una cuestión central de la agenda feminista de las últimas décadas, esto es, la de cómo combinar la mutabilidad de todas las categorías, incluidas las de identidad, con los asuntos políticos. Es decir, si las críticas a la categoría de identidad, o al menos a un modo de entenderla, y la historización de la categoría de mujer revierten en consecuencias indeseadas para la formulación de un sujeto político del feminismo. Para Scott, a lo largo de toda su obra, la historización de las categorías ha consistido en una tarea imprescindible, y no solo en términos teóricos. En cualquier caso, esta historización es sinónimo de despolitización, como algunas le reprochan, solo si se hace depender la existencia del feminismo de alguna acción inherente y atemporal de las mujeres, o de alguna cualidad esencial (Scott, 2006).

Al señalar la importancia de la fantasía en la creación de identificaciones que trascienden la especificidad histórica, Scott subraya que no busca desacreditar al feminismo sino reflexionar acerca de las

operaciones de estos mecanismos identificatorios ligados a la historia. Se trata de teorizar sobre el modo en que una tradición es construida a través de una identificación fantasmática con generaciones pasadas, que funcionan como ecos (Watson, 2011, p. 107). Ello contribuiría a profundizar el conocimiento sobre cómo funciona por ejemplo un movimiento como el feminista, evitando atribuirle cualidades esencialistas.

En buena medida, las fantasías han proporcionado a las feministas una manera de establecer una herencia común, a pesar de sus diferencias, basada en asociaciones inconscientes, y es ahí, dice Scott, donde radica su eficacia (Scott, 2006, p. 137). En definitiva, concluye, la figura “eco de fantasía” designa un conjunto de operaciones por las cuales ciertas categorías de identidad son construidas, borrando diferencias históricas y creando continuidades aparentes: “supone solamente que allí donde hay evidencia de lo que parece una identidad duradera e inmutable hay una historia que necesita ser explorada (Scott, 2006, p. 138). Así, permite responder a la cuestión de cómo se constituyen las identidades colectivas.

Consideraciones finales

Más allá de la rigurosidad con la que Scott se atenga a los sentidos más técnicos del término, la utilidad analítica de la fantasía para la teoría feminista en general y para la investigación histórica en particular representa un desafío que queda planteado. En su artículo de la revista *History and theory*, Epple (2014) remarca el hecho de que Scott ofrece discusiones interesantes respecto de algunas categorías teóricas y un diagnóstico acertado de los problemas actuales de la disciplina historiográfica. Sin embargo, disiente en la hipótesis de que el psicoanálisis sea el único “remedio” (algo que por otro lado Scott nunca sostiene), o incluso el más adecuado, frente a ese diagnóstico. En principio, según esta autora, para Scott la fantasía parecería cumplir un rol similar al que tiene la narración en teorías narrativistas como la de Paul Ricoeur, y podríamos agregar Hayden White, en la medida que en

ambos casos permite articular en un todo coherente aquello que aparentemente no lo es (Epple, 2014, p. 239).

Sin embargo, de acuerdo a Epple, estas posiciones narrativistas ofrecen herramientas más útiles al momento de pensar cómo antagonismos fundamentales (la “heterogeneidad”) pueden ser colocados, y así transformados, en un orden temporal (la “síntesis de lo heterogéneo”), para de ese modo explicar por qué las cosas ocurrieron de una u otra manera (Epple, 2014, p. 239). Y ello sin comprometerse con lo que, en su opinión, son las formulaciones un tanto inmanejables del psicoanálisis. Al igual que la fantasía, la narración permite establecer un vínculo entre lo individual por un lado y lo cultural y el discurso social por el otro. “Sin embargo”, añade “en contraste con la fantasía, el concepto de narración incluye su propia historización”² (Epple, 2014, p. 240). Epple opone así ciertos reparos a la fantasía entendida según los términos lacanianos de la castración y la pérdida de la totalidad imaginaria o, más aun, cuando en ella se incluye el modo en que los historiadores invisten psíquicamente sus relatos.

Planteada de esa manera, la fantasía queda demasiado limitada a una situación histórica específica, aquella propia de las estructuras familiares blancas de clase media en ciertas sociedades occidentales. Por el contrario, al momento de la producción de identidad los regímenes temporales supuestos en la estructura narrativa, o como Epple dirá en patrones específicos de narración, cumplen un papel mucho más importante. Por eso ‘fantasía’ es un término aceptable solo en el sentido de ‘imaginación’ o, dicho en términos teóricos, ‘narración’. Y ello sin negar el efecto del género, y de las localizaciones geopolíticas, sobre esos patrones narrativos y sus respectivos regímenes temporales. En definitiva, concluye Epple, “esos patrones de narración generizados y eurocéntricos son más fundamentales que las investiduras psíquicas de los historiadores” (2014, p. 242)³.

²La traducción es mía.

³“I would argue that these gendered and Eurocentric patterns of narration are more fundamental than the psychic investments of historians”. La traducción es mía.

Si son las fantasías o los elementos formales de las narraciones las condiciones de posibilidad de la historia, o quizás ambas, es una discusión que queda planteada. También queda por ver hasta qué punto la utilización de la categoría de fantasía escapa al reproche realizado por la propia Scott a los representantes de la psichistoria, esto es, la crítica a la mera instrumentalización simplista del psicoanálisis en el campo historiográfico (Scott, 2012). Scott podría desembarazarse de esa objeción señalando precisamente su intención de servirse de herramientas teóricas con el fin de pensar críticamente respecto de su propia disciplina y del feminismo, algo que la psichistoria no llegaba a realizar. En ese sentido, se encuentra en sintonía con los planteos epistemológicos más contemporáneos respecto de la relevancia de la subjetividad de quien estudia el pasado. La fantasía no solo opera como dimensión inconsciente en quienes hacen la historia, sino también en quienes la escriben.

Por último, las tesis de Scott sugieren asimismo la posibilidad de pensar acerca del valor político de la fantasía, al invitarnos a indagar no solo aquellos guiones o escenarios en los que los individuos se inscriben al momento de vincularse con su pasado, sino también respecto de otros escenarios futuros posibles. Como señala la historiadora norteamericana, las fantasías nunca logran ser capturadas completamente por categorías normativas y perturban constantemente la pretendida estabilidad de toda identidad. Queda saber si ese resto que constantemente nos excede puede ser reconducido, de algún modo, hacia fines emancipatorios.

Referencias bibliográficas

- Epple, A. (2014). The vertigo of historical analyses in a globalizing world. *History and theory*, 53, pp. 234-243.
- Garazi, D. (2016). Experiencia, lenguaje e identidad: algunas notas sobre el concepto de 'experiencia' en la obra de Joan W. Scott. *Trabajos y comunicaciones*, 43, e013.

- Hesford, V. y Diedrich, L. (2014). On 'The evidence of experience' and its reverberations: An interview with Joan W. Scott. *Feminist Theory*, 15 (2), pp. 197-207.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1996). Fantasía. En Laplanche, J. y Pontalis, J. B., *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Scott, J. W. (1992). Igualdad *versus* diferencia: los usos de la teoría postestructuralista. *Debate Feminista*, 3(5).
- (2001). Experiencia. *La ventana*, No. 13, pp. 42-74. Recuperado de: <http://www.revistascientificas.udg.mx/index.php/LV/article/view/551/574>
- (2006). El eco de fantasía: la historia y la construcción de la identidad. *Ayer*, 62 (2), pp. 113-138.
- (2008). *Género e Historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2009). Finding critical history. En Banner, J. M. jr. y Gillis, J. R. (ed.), *Becoming historians*. Chicago: The University of Chicago Press.
- (2011). *The Fantasy of Feminist History*. Durham: Duke University Press.
- (2012). The incommensurability of psychoanalysis and history. *History and Theory*, 51, pp. 63-83.
- (2018). Preface to the Thirtieth anniversary edition. En Scott, J., *Gender and the politics of history. 30th Anniversary edition*. New York: Columbia University Press.
- Watson, J. (2011). Psychoanalysis, Secularism, and Sexuality: an interview with Joan Wallach Scott. *Minnesota Review* 77, 101-110. <https://www.muse.jhu.edu/article/460817>
- Zizek, S. (2011). Los siete velos de la fantasía. En *El acoso de las fantasías* (pp. 7-52). Madrid: Akal.